

LA CRÓNICA

Una Rosa policía

ANTONI PUIGVERD

Rosa Negre estudió pedagogía. Es *mossa d'esquadra*. Ha vigilado prisiones, ha sido portavoz policial en Girona y se ha especializado en inmigración. Es lo que llaman una "interlocutora con la comunidad". Los "interlocutores" no patrullan, aunque conocen perfectamente las calles. Pretenden anticiparse a los problemas de violencia que afectan a los colectivos vulnerables: mujeres, jóvenes, ancianos, inmigrantes... No actúan en el sentido policial más tópico. Escuchan, hablan. Más que policías, son "asistentes democráticos" puesto que, una vez descubiertos los problemas y los núcleos de riesgo, intentan desarrollar terapias de prevención: informando de sus derechos a las posibles víctimas, guiándolas acerca de nuestra legalidad, ayudándolas a defenderse de los abusos del entorno y de la presión de las redes de la delincuencia, intentando liberarlas de cualquier forma de violencia. Nada que ver con la policía a la antigua. Estos "interlocutores con la comunidad" son puentes de plata entre los problemas sociales y el Estado democrático.

Por experiencia y vocación, Rosa conoce la realidad de las mujeres inmigrantes y, en concreto, el tristemente célebre problema de la ablación o mutilación genital femenina (una tradición de origen remoto, anterior al islamismo, practicada en 40 países orientales y africanos). La ablación es uno de esos temas fétiche que sintetizan el choque entre la visión de la vida acarreada por los nuevos inmigrantes y los valores de nuestra sociedad. Rosa ha intervenido preventivamente en familias con niñas en riesgo de ser mutiladas. En algunos casos ha sido necesaria la intervención judicial. En uno de ellos, por las pruebas que Rosa aportó, el juez prohibió la salida de una niña cuya familia tenía ya comprados los billetes de avión. Rosa está llena de dudas con respecto a esta acción. Por una parte, contribuyó a salvar a las niñas de una horrible afrenta, pero por otra frustró las primeras vacaciones de una familia de inmigrantes: un viaje al país de origen largamente acariciado después de años de extrañeza, soledad y penurias. El sueño de Rosa es que sea la propia comunidad la que decida abandonar estas prácticas

(muchas de las mujeres que han llegado adultas empiezan a sentirse mal al reconocerse mutiladas).

Rosa no proyecta sobre los inmigrantes el complejo de superioridad del que exige la inmediata adaptación de los inmigrantes a los esquemas de Occidente. Aunque tampoco adopta el punto de vista contrario, típico de algunos colectivos que idealizan de manera beatas los costumbres de nuestros nuevos vecinos. Rosa describe a los inmigrantes como personas sujetas a derechos y deberes. Personas que han llegado cargadas con un mundo propio, que es necesario conocer. Para conocerlos (o mejor: reconocerlos), Rosa, financiada por el cuerpo de los Mossos, realizó, junto con un compañero, una estancia en Gambia, lugar del que proceden muchos

de los nuevos gerundenses. Su experiencia está sintetizada en un trabajo en formato Power Point que usa en sus charlas de asesoramiento a sus compañeros de cuerpo. Las fotos del viaje le permiten contar como viven los mandingas, fulas o sarahules. Chozas lentamente sustituidas por precarias construcciones de cemento, mujeres trabajando en los campos, hombres que pasan el día reunidos en una cabaña, garrafas ante el pozo, ríos sin puente. Son fotos que hablan de pobreza y de fraternidad tribal, de una expectativa de vida de no más de 50 años, de una ritual primacía masculina. En estas sociedades rurales los intereses de la comunidad priman hasta tal punto sobre el interés individual que es la comunidad la que envía a Europa a un escogido, el cual mandará

dinero para los pozos, las casas o las instalaciones sanitarias.

Sostiene Rosa que fue recibida en todas partes con alegría. "Todos me ofrecían comida o bebida: ¿puedes entender cómo se sienten al llegar aquí? Ellos te acogen con

los brazos abiertos y aquí les recibimos con el ceño fruncido". Sostiene Rosa que a los inmigrantes acostumbramos a verlos sólo como fuerza de trabajo o como sujetos de obligaciones culturales que han conocido de repente. "A ellos todo lo nuestro les sorprende: el individualismo, la soledad, la indiferencia que se da en nuestras calles, la inexistencia de vínculos comunitarios. Allí existe poligamia, es verdad, pero cada mujer vive con sus hijos en una vivienda distinta. Aquí la poligamia encubierta puede desembocar fácilmente en situaciones de violencia doméstica, puesto que todas las mujeres tienen que vivir bajo el mismo techo". Rosa es optimista: "Sin agua corriente, sin luz, en cabañas, allí la diferencia con respecto a nosotros es total. Aquí guisan en la cocina, lavan en el fregadero, adoptan nuestros horarios, los hombres trabajan. No están tan lejos".

Sostiene Rosa que aprenderán a transformar sus atavismos (la ablación, la poligamia), pero es imprescindible que su mirada crítica hacia lo nuestro sea tenida en cuenta. "Sólo reciben críticas. Nos dirigimos a ellos con demasiada frecuencia sólo para afearlos todo lo que, a nuestro parecer, no hacen bien. Hay que otorgarles también el derecho a la crítica a la sociedad de acogida". Aprovechando generalmente los cursos de alfabetización, Rosa, vestida de policía, entra en contacto con grupos de inmigrantes. A través de ella, el Estado democrático se relaciona con ellos no inquisitorialmente, sino para ofrecerles información, colaboración y protección, para hablarles de los derechos de la mujer, para familiarizarlos con nuestros valores, para descubrir posibles conflictos entre las diversas comunidades de inmigrantes, para escucharlos... No tengo espacio para contar todo lo que he aprendido con Rosa. Hijo de un tiempo en el que los policías producían alergia, nunca hubiera imaginado un punto de vista tan sutil en boca de una de ellos.



Rosa Negre, como pedagoga y *mossa d'esquadra* especializada en inmigración, es una "interlocutora con la comunidad". / PERE DURAN

Los inmigrantes aprenderán a transformar sus atavismos, pero es imprescindible que su mirada crítica hacia lo nuestro sea tenida en cuenta

"Sí, fue emocionante. Fuimos muchas y muchos los que salimos a la calle en todo el mundo contra una guerra absurda y reclamando la paz. Pero, al final, nuestra opinión fue ignorada y la guerra empezó. De qué sirvió? De nada". Ésta era, en síntesis, la severa evaluación que, una vez empezada la guerra, mucha gente hacía de las movilizaciones por la paz que hubo hace un año, que fueron especialmente masivas en Cataluña y el resto de España. Los resultados de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2003 incrementaron esa percepción: "¡Ni tan sólo ha habido castigo para los que menospreciaron la voluntad ciudadana!".

A pesar de esas evidencias, durante estos meses algunos nos hemos esforzado por hacer ver que el análisis del impacto de las movilizaciones debía ser más exhaustivo y tener en cuenta otras variables más allá de la paralización o no de la guerra. De hecho, la mayoría de los movimientos sociales no consiguen su objetivo o, en general, no

Movilización social y cambio político

JORDI ARMADANS

lo consiguen de forma inmediata. Pero eso no quiere decir que no sean capaces de generar importantes impactos sobre los valores, los comportamientos y las políticas. Así pues, ¿qué consiguieron esas movilizaciones?

En primer lugar, la toma de conciencia de mucha gente sobre su condición de ciudadanía, sobre su capacidad de incidencia en la política y la cosa pública. Los centenares de miles de personas que acudieron a las movilizaciones no eran militantes. En su mayoría, era gente que por primera iba a una manifestación. Sin duda, la demostración de fuerza y el impacto de esas manifestaciones reforzaron en muchas personas la convicción sobre su capacidad de intervención en los asuntos públicos. En definitiva, se afianzó su capacidad para

construir democracia más allá del voto. Esa toma de conciencia puede parecer de entrada poca cosa, pero supone un dato fundamental de futuro que condicionará el nivel de concienciación y movilización de la sociedad civil.

La sensibilización, la movilización ciudadana y el discurso crítico pueden cambiar las políticas e influir en ellas

En segundo lugar, a raíz de esas movilizaciones, las cuestiones de paz, desarme, resolución de conflictos, etcétera, llegaron a mucha gente que hasta entonces nunca se

había planteado más allá de un rechazo a la guerra. Todo ello puede facilitar que haya más receptividad social hacia iniciativas y campañas de paz. Así puede observarse en el crecimiento de la campaña *Por la paz, ¡no a la investigación militar!* o el incremento del número de objetores fiscales. Las movilizaciones, pues, permiten pensar en nuevas complicidades y nuevas disponibilidades para el reto de construir una cultura de paz.

Pero más allá de estas consecuencias generales, había otras que impactaban directamente en el escenario político que generó la guerra. Es evidente que las movilizaciones hacían más difícil otro conflicto militar. Aun a su pesar, las movilizaciones hicieron ver a Bush, Blair y Aznar que emprender otra guerra no sería fácil. Por

eso Aznar, que nunca había replicado en público al Gobierno de Bush, se atrevió a decir, cuando la guerra en Irak parecía cosa zanjada y en el Gobierno estadounidense se algunos se animaban a pensar en abrir otros frentes, que Siria era un país amigo y para nada era objetivo militar. Un ejemplo de las pocas ganas de abrir otro pulso contra la ciudadanía. La cuestión es que la dinámica impuesta en todas partes como receta a los atentados del 11-S (más militarización y recortes de libertades y derechos) consiguió ser frenada, aunque fuera parcialmente, por esas movilizaciones. Dicho de otra manera: sin el 15-F, hubiéramos tenido muchos más Guantánamos, muchas más irregularidades y mucha más represión e impunidad.

Pero cuando parecía que, en fin, había motivos de satisfacción por las consecuencias positivas de las movilizaciones, pero aceptando que la guerra en Irak era una realidad, resulta que también en eso hubo impacto. El cambio electoral del 14 de marzo lo dejó bien

¿Condernar a Franco y absolver su obra?

JOAN B. CULLA I CLARÀ

Si en nuestro tiempo la política posee una fortísima dimensión mediático-gestual, preciso es reconocer que en dicho ámbito el novel Gobierno de Rodríguez Zapatero está resultando maestro: desde la fulminante orden de regreso de las tropas de Irak hasta el anuncio —algo prematuro, al parecer, pero espectacular— de la rebaja del IVA aplicado a discos y libros, el Gabinete socialista ha conseguido, en sus primeros 20 días, marcar con fuerza la agenda informativa y dictar los temas sobre los que se vuelca la opinión publicada. Y el pasado fin de semana, otro golpe de efecto: la retirada de las subvenciones del Ministerio de Cultura a la Fundación Francisco Franco.

Examinemos el caso desde sus fuentes más fiables. Tengo ante mí la colección casi completa del *Boletín Informativo* de la Fundación Nacional Francisco Franco, desde su número 1 hasta el 94, correspondiente a abril-mayo-junio de 2003. En el primero de ellos, aparecido en la entrañable fecha del 20 de noviembre de 1977, la entidad proclamaba que su fin primordial era “concentrarse en el estudio de la era de Franco, convencida de que constituye una de las épocas estelares de la vida de España, cuyo conocimiento debe ser transmitido a las generaciones venideras”. No sé si el conocimiento, pero ciertamente la exaltación nostálgica y arrobada, en prosa y en verso, de aquella etapa, de su máximo protagonista y de los acólitos de éste ha sido desde entonces la tarea principal del citado *Boletín*, con contribuciones de lo más granado del franquismo gráfico: Gonzalo Fernández de la Mora, Alfredo Sánchez Bella, Jesús Suevos, Antonio Izquierdo, el llorado director de *El Alcázar*, Juan Velarde Fuertes, etcétera. Y conviene añadir que la usura del tiempo no ha entibado los ánimos de los panegiristas: “El Caudillo fue uno de los gobernantes más honestos, eficaces y responsables que ha tenido el país” (nº 33, 1985); “el franquismo fue una larga marcha hacia la moderación y el progreso” (nº 37, primer trimestre de 1986); “reiteramos nuestra estrecha fidelidad al 18 de julio de 1936” (nº 62, julio de 1994).

Bien; podríamos decir que lo descrito hasta aquí resulta normal: ¿qué va a hacer una fundación de nombre Francisco Franco, presidida por la hija del susodicho y nutrida por colaboradores o admiradores de la dictadura, más que ensalzarla? Pero la entidad de

marras no se ha limitado a su natural labor de necrolatría; desde los primeros años, la glorificación del franquismo ha corrido pareja con el desprecio de aquello que los responsables de la fundación llaman, sin disimular su repugnancia, “la democracia parlamentaria y partidocrática”. Ya en diciembre de 1978, apenas aprobada en referéndum, se mostraban hostiles hacia “una Constitución que consagra una concepción de España bien en pugna con su esencia nacional misma; que admite el principio de las nacionali-



SILVIA ALCOBIA

dades, cuyas consecuencias lloraremos sin duda con lágrimas de sangre” (*Boletín Informativo* nº 10).

De entonces acá, las alusiones a “la triste y sucia realidad actual”, a “la naturaleza perversa de este sistema”, al “basurero que es hoy la vida española”, a “la jarana constitucional” o al “disparate autonómico” han sido constantes. Y lejos de amainar o de dulcificarse, la beligerancia contra el régimen democrático ha ido en aumento; vean, si no, algunos ejemplos: “Veinte años después de la *transición*, cuánta ruina, cuánta decadencia, cuánta podredumbre, cuánta ineficacia abruma a la España actual. Espa-

ña ha descendido a lo más bajo, y en el fondo del pozo estamos. El legado de estos años horroriza y ensombrece el futuro” (nº 64, abril de 1995); “un sistema que resulta incapaz de aportar estabilidad y paz a la vida en común de los españoles y que ha hecho de esta patria un país ingobernable y roto” (nº 67, abril de 1996); “hay muchas dudas sobre el carácter legítimo del texto constitucional. (...) La Constitución ha conseguido la fragmentación de España” (nº 75, junio de 1998); “25 años de transición. Panorama el de hoy bien distinto al de aquellos jubilados 25 años de paz. El balance de éstos, a la vista está. Por doquier, tragedia, desastre, desorden, terrorismo” (nº 84, noviembre de 2000).

Tal es, descrito con sus propias palabras, el reducto fascista y guerracivilista al que, en el último cuatrienio, la inolvidable ministra Pilar del Castillo dispuso más de 150.000 euros en ayudas para digitalizar un archivo que, por su naturaleza y contenido —29.000 documentos del despacho del anterior jefe de Estado—, debió ser siempre de titularidad pública. La decisión del nuevo Gobierno de retirar la subvención es, pues, un rasgo de estricto sentido común que no cabe más que aplaudir. Pero es también —déjenme decirlo— una decisión fácil y agradable: ningún demócrata va a objetarla y ningún votante del PSOE va a sentirse agraviado por ella, todo lo contrario.

Ahora bien, ¿se aplicará el mismo criterio de equidad histórica y de celeridad procedimental al lacerante pleito de los papeles de Salamanca? ¿Sería coherente haber promovido la condena parlamentaria del franquismo —como el PSOE hizo en 2002—, cortar ahora todo apoyo económico a sus panegiristas... y sacralizar el resultado del saqueo documental franquista en la Cataluña de 1939, esto es, el archivo de Salamanca? ¿Prevalecerán una vez más —como ya sucediera en 1995— los pequeños intereses electorales y las coacciones de la derecha sobre la exigencia ética de reparar las consecuencias de la Guerra Civil, de restituir el botín de un robo con fuerza?

La respuesta la tiene José Luis Rodríguez Zapatero, aunque las primeras manifestaciones de su ministra de Cultura, Carmen Calvo, no invitan a la euforia.

Joan B. Culla i Clarà es historiador.

OPINIÓN DEL LECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 20 líneas mecanografiadas. En ellos deben figurar la firma, el domicilio, el teléfono y el número de DNI o pasaporte de los autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: opinion@elpais.es

Las residencias no son hoteles de lujo

Tras plantear la ministra de Cultura la necesidad de rebajar el importe del IVA en libros y material discográfico, quisiéramos hacer constar la necesidad de suprimir o rebajar también el IVA de las residencias geriátricas. Estas tienen nada menos que una carga del 16% sobre su coste, que ya de por sí es muy elevado, el mismo que se aplica a los hoteles de lujo y que carga enormemente el presupuesto de un sector poco favorecido.

Una residencia geriátrica no es un hotel de lujo, es la mayoría de las veces, una necesidad y la única solución para muchas personas mayores. También para muchas familias es un recurso de primera necesidad, al no tener ayudas que permitan paliar las necesidades de sus mayores.

El mundo discográfico tiene detrás un negocio millonario y grandes intereses económicos. Los usuarios de las residencias, muchas veces, no tienen a nadie que los defiendan, y la mayoría dispone de pocos medios económicos para poder subsistir, agravado con problemas de salud y, muchas veces, de soledad.

Pedimos a los políticos que inician una nueva etapa en esta legislatura, que reflexionen y obren en consecuencia.—**María Rosa Giner Quinero**, Presidenta de la Federación Catalana de Asociaciones de Familiares de Alzheimer. Barcelona.

claro: la política del Gobierno de Aznar, caracterizada por un autismo y autoritarismo considerables, llegó a su máximo absurdo con la guerra en Irak. Cuando toda la población estaba en contra, cuando especialistas y pensadores advertían de los peligros de iniciar esta guerra, cuando varios gobiernos occidentales no lo veían claro, cuando incluso el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no dio su aprobación, el Gobierno de Aznar se implicó a fondo, negando lo evidente y tratando a la gente de menor edad. No debemos olvidarlo porque hay quien piensa que el vuelco electoral se debió a los atentados del 11-M. Falso. La gestión informativa y política que hizo el Gobierno de esa crisis era un ejemplo más (y qué ejemplo!) de esa nefasta política. Durante aquellos cuatro días se amortizó de golpe todo el crédito político del Gobierno. Las movilizaciones habían politizado la cuestión de la guerra y eso estaba latente: con la crisis del 11-M y la gestión rea-

lizada por el Gobierno, todo se activó y se actualizó. De ahí la no tan sorprendente derrota de Aznar. Así, los que querían “resultados inmediatos y directos” de las movilizaciones ya tenían uno bien contundente: un año después de una guerra absurda, el Gobierno que la impulsó había perdido las elecciones. Cuando aún estábamos digiriéndolo, el nuevo presidente anunciaba el retorno de las tropas y, finalmente, se afirmaba que en el futuro la participación española en cualquier guerra debía debatirse y votarse en el Congreso.

Así pues, incluso los más incrédulos deberían despejar la impresión de que todo aquello no sirvió de nada y cargarse de fuerza para entender que la sensibilización, el discurso crítico y la movilización ciudadana pueden cambiar las políticas e influir en ellas. Sin duda, estamos viviendo tiempos apasionantes.

Jordi Armadans es politólogo y director de la Fundació per la Pau.

EL ROTO

